

José Luis Carretero

Europa en la encrucijada

Europa: la cuna de la civilización occidental. Nuestro contexto geográfico y social. El proceso de construcción de la Unión Europea, como organismo supranacional de articulación de un poder de escala continental ha sido históricamente un proceso complejo y contradictorio. El ambivalente desarrollo institucional de la UE ha resultado problemático desde la misma conformación del Mercado Común del Carbón y del Acero (CECA) en 1950 por los políticos franceses Robert Schumann y Jean Monnet. Ya entonces la contradicción inmanente entre la creación de una Europa superpotencia, unida y articulada, y la generación de un espacio para el libre desenvolvimiento de los intereses de los grandes capitalistas vinculados al comercio global, aun formalmente europeos, fue visible para los más avezados analistas, como el economista libertario Abrahám Guillén, que en su libro *El destino de Hispanoamérica*, editado en 1952 en su exilio en Buenos Aires, afirmaba: "Los ensayos de 'poolización' al estilo Schumann no conducen más que a crear un capitalismo de grandes dimensiones industriales; pero tal política económica no es nueva, es como echar vino nuevo en odres viejos; es volver a la 'cartelización' capitalista de la producción disfrazada de internacionalismo democrático. Es una lástima que en las diferentes reuniones de Estrasburgo por la unidad europea, ni el Consejo de Europa ni la Asamblea Europea hayan abordado, concretamente, los problemas de unidad real y formal del continente (...)"

Mucho ha llovido desde entonces. Los Tratados de Maastricht, de Lisboa, los procesos de armonización legislativa, pero también el Brexit, las tensiones en torno a la deuda y el euro y los conflictos respecto a las políticas de austeridad, han marcado el desarrollo del proyecto europeo, profundizando de manera radical esta contradicción original entre el proyecto de los grandes capitales y la Europa unida de los pueblos. Y ello en el seno de un mundo cada vez más multipolar, donde la competencia acrecentada entre los bloques económicos, en una espiral de globalización comercial y de ausencia de controles para los capitales, genera un escenario en el que sólo alcanzan a sobrevivir las grandes potencias, Estados-continente como China, Rusia o Estados Unidos, capaces de acumular capital y defender sus intereses a una escala imposible de alcanzar por las pequeñas naciones europeas, consideradas de forma aislada.

Así, en un mundo en el que está en crisis la forma Estado por la globalización económica y financiera que fuerza a los gobiernos a someterse a las exigencias de los mercados globales, sólo una estructura política lo bastante amplia, alcanzando la escala continental como mínimo, pero lo suficientemente integrada para desarrollar una política económica sólida e independiente, podría desarrollar la capacidad de obligar a los poderes económicos globales a asumir regulaciones y a aguantar limitaciones, y desplegar un proceso de desarrollo económico sostenible y socialmente equitativo para salvaguardar los intereses de la mayoría de la población europea, así como para iniciar el proceso de transición civilizatoria que ya se apunta en el horizonte.

La regresión al mundo de los estados nacionales en Europa, en el contexto de una competencia acuciante por los mercados con las grandes potencias globales y de una crisis civilizacional, y por tanto también económica, que amenaza con convertirse en permanente, reeditaría sin duda los fantasmas de la hiperexplotación de la fuerza de trabajo, la dependencia acrecentada de los imperialismos ajenos y la tentación del recurso a la guerra como única vía de asegurarse mercados de exportación y fuentes de materias primas.

Europa pues, como única solución (a salvo de que América Latina construya, con su unificación y desarrollo autocentrado, una alternativa que también podría valer como opción para los pueblos ibéricos). Pero no cualquier Europa. No esta Europa.

Porque la Europa realmente existente, la Unión Europea de los mercaderes está diseñada desde una perspectiva abiertamente neoliberal. Entendámonos, no se trata de que el neoliberalismo o la austeridad sean accidentes, políticas económicas coyunturales resultado del equilibrio político interno de los países principales de la Unión. La UE ha constitucionalizado su condición neoliberal. Forma parte de la estructura esencial, del corazón del propio pacto europeo. Así, por ejemplo, el artículo 63 del Tratado de Lisboa (antiguo artículo 56 del Tratado de Niza) afirma expresamente: "Quedan prohibidas todas las restricciones a los movimientos de capitales entre Estados miembros y entre Estados miembros y terceros países".

Este redactado conduciría al estupor, si supiéramos leerlo bien. Porque lo que garantiza el artículo no es sólo que no va a haber freno al movimiento de capitales en el interior de la Unión (algo comprensible, si se está construyendo un gran gigante económico) sino también entre el interior y el exterior de la zona. Al fin y al cabo, lo que se busca es evidente: la exposición de las políticas económicas nacionales al poder de los grandes flujos financieros globales, sin mediación o regulación alguna

por parte de la UE, es la mejor garantía de que los estados europeos se mantendrán dentro de la ortodoxia económica y de la senda de la austeridad. Lo hemos visto en la reciente crisis que llevó al rescate bancario español: el disciplinamiento de los países a la ortodoxia alemana ha sido operado por los movimientos globales de capitales que, operando sobre las primas de riesgo y los mercados financieros, han doblegado toda posible resistencia.

Porque el neoliberalismo, insistimos, no es algo coyuntural en la actual estructura de la Unión, una política económica puntual que puede variar mañana al variar el color de los parlamentos nacionales. Se le ha dado carta de naturaleza constitucional, representa el corazón del armazón económico del propio proyecto europeo realmente existente. Como afirma Frédéric Lordon: "La Unión Europea no tiene política 'coyuntural', es decir, una cuyas orientaciones estén determinadas por los partidos que están 'coyunturalmente' en el poder, porque toda la política económica europea está fijada irrevocablemente en unos textos que tienen valor casi constitucional. La Unión solo tiene una política constitucional, es decir, la política en forma de reglas inscritas en los tratados, y por lo mismo pensadas para que funcionen con independencia de situaciones coyunturales. Las desastrosas políticas de austeridad actuales no son resultado de ninguna 'decisión coyuntural'. Son el resultado del funcionamiento mecánico de disposiciones contenidas en el Tratado de la Unión Europea y en el Pacto de Estabilidad".

A todo ello hay que sumar el evidente déficit democrático de las instituciones europeas, en las que el poder principal sigue estando en manos de la burocracia de Bruselas, íntimamente vinculada a los grandes lobbies, y en una Comisión cuyo control desde abajo es prácticamente inexistente.

Una burocracia omnipotente que, con la inestimable ayuda de los criterios de convergencia aprobados en Maastricht, opera una auténtica dictadura neoliberal sobre los

estados miembros, sin desarrollar, al tiempo, una unión fiscal o una armonización efectiva en las materias sociales que pueda servir como contrapeso y elemento de integración frente a los grandes poderes financieros del Norte de Europa. La falta de un presupuesto común, de tasas compartidas, de la posibilidad de mutualizar las deudas, se da la mano con una política social que no sólo adolece de la inexistencia de elementos centrales para la armonización efectiva de las condiciones de vida "al alza" (la gran promesa de la construcción europea para las poblaciones del Sur o del Este) como una prestación de desempleo común sino que, además, favorece con iniciativas como la aplicación jurisprudencial subrepticia de la retirada Directiva Bolkestein, el dumping laboral entre los Estados miembros.

La arquitectura de la moneda única, por su parte, favorece también las políticas austéritarias y está basada en ideas centrales del pensamiento neoliberal como la necesaria "independencia" de los bancos centrales o la necesidad de las reformas y privatizaciones para toda política de asistencia común. La dinámica de crecientes desequilibrios en que se ha desenvuelto la Unión en los últimos tiempos ha dado lugar a tres grandes líneas de quiebra en su seno: el Brexit, que ha significado la primera salida de un estado miembro y una pérdida acusada de mercados futuros así como tensiones añadidas al presupuesto común, que se han solventado con minoraciones de las cantidades destinadas a la cohesión y a la política agrícola comunitaria, especialmente dañinas para los países orientales; el enfrentamiento creciente con el llamado *Grupo de Visegrado* conformado por los países del Este, algunos de los cuales han caído en manos del populismo de derechas, en torno a cuestiones como la política migratoria o las condicionalidades en materia de derechos civiles añadidas a las nuevas normas presupuestarias; y la confrontación en torno a la futura arquitectura de la unión entre los países del Norte y los del Sur, ya que los segundos

reclaman mecanismos de mutualización de las deudas, un presupuesto comunitario, una política fiscal y una mayor integración económica (llegando a plantear, en el caso de Italia, la puesta en marcha de una prestación de desempleo europea, subsidiaria a los sistemas de paro nacionales), mientras los primeros exigen fuertes condicionalidades, en términos de austeridad presupuestaria y reformas neoliberales, para permitir cualquier avance en la integración económica real de la Eurozona.

La reciente formación de gobierno en Italia mediante un pacto entre la Liga Norte (ultraderechista) y el Movimiento 5 Estrellas (populista) implica un nuevo escenario de tensiones para la Unión, dado que dentro del acuerdo de gobierno aprobado por ambas fuerzas políticas se puede identificar una línea estratégica de puesta en cuestión de determinados acuerdos centrales en la gestión comunitaria de la inmigración o en las formas del mecanismo de resolución bancaria, por ejemplo.

La recomposición, en los últimos meses, del eje franco-alemán, como nodo fundamental de poder dentro de la Eurozona, gracias a la sintonía personal entre Macron y Merkel, tampoco parece capaz de desbloquear la situación en asuntos fundamentales. La reforma de la Eurozona que ambos jefes de Estado han prometido para los próximos meses no parece destinada a cambiar nada esencial, más allá de acuerdos destinados a desplegar, tímidamente, la puesta en marcha de la unión bancaria y de un mecanismo de resolución para la banca en problemas, asociados, eso sí, con la pervivencia de las políticas de austeridad y del corazón neoliberal del modelo europeo "realmente existente". Incluso, algunos países del Sur, como España, han renunciado ya a algunas de sus reivindicaciones centrales, como los eurobonos, probablemente para atraer las simpatías de los países del Norte en torno a la política de sus gobiernos en asuntos internos como el de Cataluña.

Además, la palmaria falta de una política

exterior y de defensa común se ha convertido en un enorme talón de Aquiles del proyecto comunitario. La ausencia de una voz propia se ha hecho sentir de manera ensordecedora en los conflictos de Siria y Ucrania, donde la UE no ha podido hacer más que de comparsa norteamericana, permitiendo la escalada de la tensión en ambos escenarios e impidiendo que se oyese una voz (europea) auténticamente interesada en el desarrollo y la convivencia en la región, que hubiese podido impedir las oleadas de refugiados o las sanciones económicas dañinas contra la propia economía europea. En su lugar, la UE ha implementado este año un plan destinado a reforzar de manera palmaria sus capacidades militares (Plan de Acción Europeo de Defensa, que prevé la creación de un Fondo Europeo de Defensa, el fomento de las inversiones en la industria de defensa y el refuerzo del mercado único de la defensa), lo que va a implicar desembolsos enormes en Defensa en países como España, así como la recuperación del servicio militar obligatorio en Francia, sin garantizar la independencia del nuevo ejército europeo, que en todo caso estará subordinado a las necesidades y mandos de la OTAN, es decir, de Estados Unidos.

Este escenario contradictorio y pleno de problemas insolubles es el marco de despliegue de la unidad europea "realmente existente": un caótico proyecto inacabado, al que se le acumulan las grietas y tensiones, y que está orientado de manera directa a imponer la política económica neoliberal de los grandes actores de los mercados financieros sobre las poblaciones europeas, que saludaron con alborozo la promesa de la conformación de una estructura continental que permitiese resolver los desequilibrios y relanzar el desarrollo, sobre la base de una creciente igualdad al interior y al exterior de los Estados miembros. El "modelo social europeo", la promesa de un Estado de Bienestar socialdemócrata y fuerte, asociado a las libertades civiles prometidas, pero nunca garantizadas del todo, por el parlamentarismo liberal ha devenido

tan real, pasado el tiempo, como el llamado "sueño americano" en la tierra de los grandes lobbies y el omnipresente complejo militar-industrial (Estados Unidos).

¿Es posible pensar en otra Europa? ¿Apostar por una unidad continental basada en un federalismo auténticamente democrático, pletórico de derechos para las clases populares, y en una economía orientada a solventar, desde la igualdad, las necesidades de las mayorías sociales?

Hay muchas propuestas que están sobre la mesa para caminar en la dirección de la construcción de Europa: una unión bancaria efectiva, mecanismos de mutualización de deudas entre los Estados miembros, un presupuesto común capaz de garantizar prestaciones unitarias de desempleo o jubilación, una unión fiscal que permita hacer pagar más impuestos a los más ricos mediante instrumentos como una tasa a las grandes fortunas...

Mucho nos tememos que todas estas medidas defendidas por la socialdemocracia y el populismo progresista no son más que un gigantesco brindis al sol: imposibles de implementar sin poner directamente en cuestión los ejes fundamentales del poder de los grandes financieros, las multinacionales globales y las clases políticas asociadas a los lobbies, acostumbradas a abreviar en la comodidad de la representación por sustitución de la ciudadanía, sometida a crecientes derivas autoritarias de ámbito nacional y comunitario, que se amparan tanto en la guerra contra la posverdad de los que nunca han usado otra lengua que la propaganda, como en un terrorismo al que se dota, muy oportunamente para algunos, del don de la ubicuidad.

La construcción de la Europa unida que implemente una auténtica armonización social y laboral del continente, desde la generalización de los estándares más altos en derechos y condiciones de vida, sólo se puede edificar desde la apertura de un gran proceso de profundización democrática con dos ejes fundamentales: el político y el económico.

Una democratización política del cuerpo social europeo que vaya más allá del parlamentarismo burgués y que se base en la generación de estructuras assemblearias de contrapoder efectivo de las clases populares; y una democratización económica implementada por medio de la introducción de mecanismos de autogestión y cogestión obrera en las empresas públicas y estratégicas del continente y de la generación de nuevas formas de gestión comunal-comunitaria de los servicios públicos, basadas en la cogestión de los trabajadores y la participación protagónica de las comunidades de usuarios. Una democratización, también, monetaria, que empiece por una arquitectura totalmente distinta para el euro, como la propuesta de Frederic Lordon.

Sólo este proceso de democratización política y económica puede resolver las contradicciones insolubles que atenazan el proyecto europeo de los mercaderes y los grandes financieros, permitiendo un federalismo de escala continental, municipalista y capaz de generar una "Organización política europea barata", pero redistribuidora y capaz de cumplir sus promesas sociales. Una Unión Europea de transición hacia una nueva forma civilizatoria que se está volviendo cada vez más necesaria: la de la autoorganización democrática de las clases populares, desde una perspectiva ecológica, feminista y (ahora sí) socializante.

La propuesta puede sonar enormemente utópica, ya que socialdemócratas y populistas son incapaces de pensar más allá de la acomodación a lo que hay o la vuelta al mundo fenecido de los Estados-nacionales. El trayecto, sin duda, será sinuoso, ya que parece claro que una transformación en esta dirección no se producirá de manera simétrica en todo el continente, y eso implica dismantelar lo que hay mientras se construye lo que se desea, sin tener seguridades. A lo mejor, los primeros pasos tendrán que empezar por rupturas para reconstruir desde el principio, o por el aislamiento de las iniciativas convertidas en "parias"

durante un tiempo. Habrá que experimentar con formas distintas de solidaridad trans-europea entre los movimientos sociales transformadores, Pero no hay más alternativa para Europa que iniciar este gran proceso constituyente radicalmente democrático desde abajo que sustituya a la actual constitución neoliberal y oligárquica desde arriba, para poder hacer frente a los grandes desafíos de un mundo sometido a crisis recurrentes y donde los grandes actores son cada vez más poderosos y entran en conflictos cada vez más peligrosos.

La Europa neoliberal, la Unión Europea "realmente existente" se enfrenta a crecientes contradicciones y tensiones. Sólo puede desembocar en una distopía cuasi-caótica de poder omnímodo de los mercados, preñada de autoritarismo, o en una ruptura desordenada, en un contexto de rearme de la ultraderecha y la xenofobia y de reconstrucción de Estados-nación condenados a ser tiránicos por su propia debilidad frente a los grandes imperialismos de nuestro tiempo. La única alternativa es la reaparición de la alternativa, la gran alternativa, la alternativa de la profundización democrática y de la economía social y autogestionaria.

Sólo el pueblo salva al pueblo. Sólo el pueblo puede salvar a Europa.